

SIGLOS DE ROMERIA O EL ROSTRO QUE SE FRAGMENTA

Mauricio Adarve
Antropólogo - CINEP

“Otras de las ceremonias más ostentosas que hacían los moscas eran las procesiones a que asistían sus reyes o caciques, respectivamente, en ciertos tiempos del año especialmente en el de las siembras o cosechas, y formábanse éstas en ciertas carreras... de más o menos de media legua de longitud. Las personas que salían en ellas (sin que entre en cuenta la innumerable multitud que ocurría a verlas) serían de diez a doce mil, que la noche antes se lavaban los cuerpos para ir al día siguiente más decentemente adornadas... Dividíanse cuadrillas o parcialidades con diferentes trajes o disfraces arreados de patenas de oro y otras diferentes joyas en que abundaban, aunque todos convenían llevar puntados los cuerpos de vija o jagua. Unos iban representando osos, otros figuras de leones, y otros de tigres (esto es, cubiertos con sus pieles, de suerte que lo pareciesen) y a este modo con otras muchas representaciones de animales diversos. Iban los sacerdotes con coronas de oro en forma de mitras, a quienes seguía una prolongada escuadrilla de hombres pintados, sin disfraz, ni joya alguna sobre sí, y éstos llorando y pidiendo al Bochica y al sol mantuviesen el estado de su rey o cacique y le otorgasen la súplica y ruego a que había dispuesto aquella procesión, para lo cual llevaban puestas máscaras con lágrimas retratadas tan al vivo que eran de ver... luego inmediatamente entraba otra caterva... los unos... saltando de alegría, y diciendo los otros que ya el sol les había concedido lo que los delanteros le iban pidiendo con lágrimas... iban otros con máscaras de oro disfrazados y con las mantas arrastrando por el suelo en forma de cauda, que al parecer debían de hacerlo con fin de barrer la carrera para que otros danzasen; pues les iba casi pisando las matasotra gran muchedumbre de ellos ricamente adornados, bailando y cantando al compás triste y flemático de sus maracas y flautas, y tras ellos otros y luego otros, y tantos con diferentes invenciones...

El último lugar llevaba el Rey o Cacique con el más costoso adorno y majestad que le era posible, y aunque era crecidísimo el número de gentes que le seguían y la diferencia de los trajes en que iban, denotaba ser parcia-

lidades distintas y compartes de las primeras que formaban la procesión; no lo eran sino criados y ministros de la Casa Real, que se diferenciaban según la calidad de las jerarquías en que servían; y lo que no parecerá creíble de estas procesiones (siendo verdad cierta) era la gran cantidad de oro que iba en ellas en tan distintas joyas, como eran máscaras, mitras, patenas, medias lunas, brazaletes, ajorcas y figuras de varias sabandijas, por cuya razón no expreso el valor de ellas según lo que he oído afirmar a mucho; baste saberse que ya los han desposeído de todo, y que por muy de mañana que se diese principio a esta no se hacía poco en volver a la noche con la procesión a Palacio, donde lo que se gastaba de su vino o chicha, aún con la pretensión por poco más o menos, le parece al mismo Quedada (que lo vio y lo refiere) ser muy dificultoso sin aventurar el crédito. Estas procesiones se continuaron por muchos años después de conquistado el Reino, y ninguna ceremonia se desarraigó de sus naturales con tanta dificultad como ella...”¹.

Se nos hace necesario prescindir de las adjetivaciones o valoraciones que el cronista Lucas Fernández de Piedrahita trae en el texto que acabamos de transcribir, intentando con ello construir un “lente” que le permita a nuestra mirada acercarse aunque de manera limitada a un pequeñísimo fragmento de lo que fue la ritualidad sagrada del Muisca antes que los cascos de la conquista oscureciesen sus amaneceres.

Tras siglos de aprender a percibirnos desde diversas ópticas casi siempre ajenas a nosotros mismos, hemos ido como resultado, acumulando multitud de olvidos, y tal vez el más costoso de todos ellos, sea el de no conocernos. Es como haber estado durante centurias ausentes de nuestro propio pasar convirtiéndonos en simples espectadores de nuestra historia.

Ciertamente este extrañamiento se sumerge en las honduras del tiempo llevándonos hasta las primeras décadas del siglo XVI cuando el español recorría el mundo amerindio atropelladamente, con intención no solo de dominarlo sino de cambiarlo, pues todo lo que veía se le presentaba poblado de seres inferiores, bárbaros, dedicados al culto de falsos dioses, en síntesis llenos de idolatrías².

Esta actitud etnocéntrica, en otras palabras, de considerarse así mismo como la verdad y a las demás culturas como equivocadas o paganas, les

-
1. FERNANDEZ DE PIEDRAHITA, Lucas, *Noticia Historial de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá. Editorial Kelly, 1973, Vol. I. Cap. IV. pp. 69-71.
 2. SIMON FRAY, Pedro, *Noticias Historiales*, “En el conocimiento de su origen de un Dios y del modo de sus idolatrías y ceremonias, a todos los hallamos en unas mismas tinieblas y ciegas oscuridades...”
Bogotá, Biblioteca Banco Popular, Tomo III, pp. 363, 1981.

permitía no solo justificar las “guerras que llaman de conquistas”³ (acompañada de su codicia de oro y otros metales de valor) sino también su propósito de cambiar la vida del nativo, esto es aculturarlo; y en este propósito su tarea más afanosa se encaminaba a extirpar idolatrías; siendo esto lo que se entendía por evangelización en esos primeros siglos.

Claro está que existían divergencias profundas en torno al método de evangelización pues para un número importante de ibéricos evangelizar no era más que el paso a seguir después de hacer la guerra, mientras que para otros evangelizar era un derecho humano. Entre estos últimos (que no eran muchos) se destacó de manera sobresaliente Fray Bartolomé de las Casas, quien decía: “El fin que en las Indias... pretenden y deben pretender los Reyes de Castilla como cristianísimos, es la predicación de la fe, para que aquellos se salven. Y los medios para este efecto no son robar o escandalizar, cautivar, despedazar hombres y despoblar Reinos y hacer heder y abominar la fe y religión cristiana entre los infieles pacíficos”. Y más adelante agrega una de las frases de mayor relevancia en la historia de los derechos humanos sobre todo si tenemos en cuenta el siglo y el contexto en que se escribió y se dijo. Esta rezaba: “Todos los pueblos del mundo son hombres”⁴.

En esta diferencia significativa de método para evangelizar que distinguíamos arriba, encontramos cómo la convergencia ciertamente se daba en torno al adoctrinamiento: esto es, a la tarea que se habían impuesto de extirpar idolatrías. A este respecto dejemos que sea el propio Fray Juan de los Barrios, (primer arzobispo de Santafé de Bogotá, quién era lascasiano desde el inicio de sus labores en el Nuevo Reino), decir su pensamiento en torno a las lecturas que éste hacía de la sacralidad del nativo, y de la labor que debía llevarse a cabo:

“Somos informados que los indios, así cristianos como infieles, usan de ritos y ceremonias antiguas en borracheras y bailes supersticiosos, en gran ofensa de Dios Nuestro Señor”⁵.

Después del primer Sínodo de Santafé organizado por éste decía:

“Que todos los santuarios que hubiere hechos en todos los pueblos donde ya hay algunos indios cristianos y lumbre de fé, sean quemados y des-

3. LIEVANO AGUIRRE, Indalecio, Los Grandes Conflictos Sociales y Económicos de Nuestra Historia, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, pp. 80, 1968.

4. Idem, pp. 84.

5. ROMERO, Mario Germán, Fray Juan de los Barrios y la Evangelización del Nuevo Reino de Granada, Bogotá, Editorial A B C, pp. 363, 1966.

truidos, sin hacer daño a las personas, ni haciendas, y sean aquellos lugares conforme a derecho, y así mismo todos los ídolos que se hallasen, y si fuere lugar decente se haga allí alguna iglesia, o a lo menos se ponga una cruz en señal de cristiandad, y lo mismo se guarde y cumpla en los pueblos de infieles donde se pusieren ministros que enseñen la doctrina cristiana y demás cosas de nuestra Santa Fé católica”⁶.

Es obvio como la intención del recién llegado era transformar la vida del nativo. Sin embargo, es importante aclarar, que para muchos frailes acabados de salir del medioevo, dicha actitud se llevaba a cabo convencidos de estar llevando a cabo su mas hondo sentido religioso⁷. Pero por otro lado el proceso que se estaba sucediendo al interior de la vida del nativo era de una profundidad y de una radicalidad absoluta; pues la conquista acompañada de la evangelización, en la práctica arrancó al nativo de nuestra América abruptamente de su historia. Lo que para el colono fue un destino Divino para el nativo fue apenas el inicio de una larga y triste noche.

La conquista y la colonia trastoca las honduras de la sacralidad y la ritualidad nativa, lo cual era vivido por éste como un acto de violencia que contra él se ejercía, pues eran muchos los silencios que abrigaban la mirada de su andar: una profunda producción de su realidad le precedía: vivir su cultura se había convertido en un delito.

Cabe entonces la pregunta: ¿qué alternativa le quedaba para sobrevivir, ante la vigilancia cotidiana de su vivir cultural? Permítame entonces, exponerles lo que fue una de las respuestas más frecuentes que hemos hallado después de varios años de investigación en el campo de la religión popular.

Ante la persecución de su sacralidad, un complejo proceso diferente de la respuesta armada (también utilizada) o el suicidio colectivo (nada extraño a diversas sociedades nativas del mundo amerindio en el tiempo de la conquista), empezó a llevarse a cabo en muchos de los grupos indígenas de América, cual fue, el de mimetizar su vivir; esto es: el ocultamiento, lo que convirtió su vida en un acaecer clandestino: era otra forma muy frecuente de resistencia, especialmente recurrente, en aquellos pueblos que fueron integrados al ritmo productivo de la colonia y no lograron escapar de las fronteras de colonización ibérica.

Esta forma de resistencia, de respuesta, es y ha sido una de las más difíciles de penetrar por el científico social en América Latina. Menciones

6. Idem pp. 364.

7. GONZALEZ, Fermán, La Iglesia, Organización en al colonia, acción misional y educativa. En Revista Historia de Colombia, Bogotá, Salvat Editores S.A. No. 18 - 1986.

apenas y a manera de ejemplo superficial, la tan comentada y poco comprendida malicia indígena. Lo cierto es que este proceso se fue internando por los intersticios del vivir americano desde el siglo XVI, y en un largo y difícil proceso, que se nos devela hoy de manera aún más compleja, en el acontecer de las culturas populares urbanas y rurales, que se dibujan en el mapa de América Latina.

Sigamos el proceso de manera más detallada y retornemos con nuestro paraje que da inicio al presente artículo, reinstalando este proceso que tratamos de rastrear, en el altiplano Muisca.

Para ello déjenme transcribirles un bello pasaje que nos trae Fray Pedro Simón, con el cual podemos comenzar a percibir y comprender el trayecto y la manera en que tomaban forma estos ocultamientos en el ámbito del mundo sagrado que les había enseñado Bochica:

“Le sucedió a un padre doctrinero de nuestra religión en el pueblo de Cogua, ocho o diez leguas de esta ciudad de Santafé, que habiendo vivido un indio de los principales con muestras de muy cristiano, le dió la enfermedad de la muerte, yendole a visitar el padre, entre otras veces, ya que estaba cerca para ayudarle a bien morir, halló que lo estaba ya haciendo un sobrino del enfermo, teniéndole puesta en las manos una cruz hecha de las palmas del Domingo de Ramos, y tomándola el padre y comenzándolo a exhortar lo que Dios le inspiraba, parece le espiró también desvolviéndose las palmas de la cruz, porque le parecía pesaba más que lo que las palmas podían pesar, y desenvolviéndolas, halló en ellas un ídolo de oro que representaba al Dios Bochica, en cuya adoración se disponía para morir, como lo hizo luego, admitiendo poco las exhortaciones del padre. El cual hizo castigar al sobrino porque no había sido poca parte en que muriese su tío en aquel estado”⁸.

Es muy nítida la forma en que se presenta aquí este intrincado proceso de mimetización de su sacralidad, expresando desde lo hondo, el deseo, la necesidad secreta de entregar su morir a las deidades que de marras lo habían acompañado a él y su tradición. Ocultándose de otra que lo violentaba y se consideraba así mismo como “verdadera”; rebelándose desde la intimidad en el espacio conflictivo por donde se desplaza la relación nativo-colono. Ocultamientos y al mismo tiempo ensimismamientos que se van desarraigando, dejando en el silencio un sinnúmero de instantes, que circulan y se manifiestan en diversos momentos ocultos, a la vigilancia colonial.

Se sucedieron otros casos como el de algunas iglesias, a las que de manera inusitada concurrían un gran número de personas a misa, descubriendo des-

8. SIMO FRAY, Pedro, op. cit. pp. 387.

pués los misioneros que se había colocado tras los altares o empotrado en los pedestales de la cruz, imágenes de Bochica.

Ciertamente estos ocultamientos lo estaban desarraigando de lo suyo, de su comunidad, de siglos de historia, que como envolviéndolos se mimetizaban en el silencio. De esta manera dichos ocultamientos rituales se hacían cada vez más difíciles, pues por su fragilidad, su vulnerabilidad, eran descubiertos y desbaratados rápidamente por los clérigos.

Por ello la mayor dificultad era compartir estos momentos ocultos necesarios para restablecer las relaciones comunitarias ya bien encendidas; estaban profundamente necesitados de sus dioses. Convivir, estos instantes de resistencia se hacía aún más complicado. Se había vuelto imperioso buscar restaurar las relaciones con los suyos; de esta manera era necesario buscar formas de resistencia, de lo sagrado, que involucraran lo colectivo, en forma más permanente.

El 26 de diciembre de 1586, entre ocho y nueve de la mañana, María Ramos salía de hacer sus oraciones de aquel rancho pajizo, cuando en ese momento pasaba por enfrente de la capilla pajiza la india Isabel, de la encomienda de Turga, llevando de la mano a Miguel, un mestizo cercano a los cinco años, cuando éste exclama: "Miren..." " ... entonces Isabel asombrada llama la atención de María Ramos: "Mira, mira, señora..." y esta después atestiguaba: "... que está Nuestra Señora la Madre de Dios en tu asiento parada, y luego esta testigo volvió el rostro hacia el altar y vio la dicha imagen en el suelo parada en el lugar donde esta solía y suele estar hincada de rodillas haciendo oración..." y agragaba: "... la vieron colorada como una rosa y estuvo y duró con este color todo aquel día..."⁹.

La noticia se difunde con rapidez inusitada, ha ocurrido el primer milagro en la Nueva Granada y los nativos por primera vez se acercan de manera espontánea y sobre todo amorosa a entregarle su ofrenda y rezarle a la virgen: estaban necesitados de milagros. Por primera vez llega el indígena traído por su voluntad a un santuario con claros elementos españoles y muy cercano a un espacio sagrado Muisca: la laguna de Fúquene, uno de sus viejos espacios rituales en el cual realizaban ofrendas a sus deidades. Es así como ha nacido el primer culto público cristiano, al cual los Muisca van con afecto: es el primer culto mestizo en la Nueva Granada.

Por otro lado la Iglesia inicia un exhaustivo proceso de investigación, que se le conoce con el nombre de: "Proceso Eclesiástico sobre la milagrosa Re-

9. ARIZAFR, Alberto Hagiografía de la milagrosa imagen de Ntra. Sra. del Rosario de Chiquinquirá, Bogotá, Editorial Iqueima. pg. 18, 1950.

novación de la Imagen de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, y hechos portentosos que se siguieron". El cual estimulado y propiciado por el segundo arzobispo de Santafé, Fray Luis Zapata de Cárdenas, tiene su inicio con las indagaciones del cura de Suta, Juan de Figueroa el 10 de enero de 1587, solo quince días después de ocurrido el milagro y llega a su término el 14 de agosto de 1588, cuando el arzobispo a los 78 años, va él mismo y habla con María Ramos.

Se ha sincretizado el espacio sagrado, un nuevo territorio ritual empieza a ser ofrendado sin término, ni medida. Los milagros ya se acumulan, uno de los primeros le ocurrió a "un ciego llamado Pedro Gómez, que al tener noticia del prodigio acudió a Chiquinquirá, fue el primer favorecido por María, porque al llegar a este lugar comenzó una novena de rosarios y antes de terminarla, recobró la vista".

"Y seguían: 'Catarina Gordillo, mujer de Alonso Hidalgo, vecino de Villa de Leiva, padecía contínuos dolores de cabeza y otros achaques propios de su sexo y viviendo muy afligida sin encontrar remedios para sus males, prometió visitar a la Sma. Virgen, hacer unas novenas pidiéndole confiadamente su salud. Al punto comenzó a sentir alivio y sintiéndose con fuerzas para emprender el camino, se dirigió a Chiquinquirá, donde cumplida su promesa, recobró con perfección su salud y dadas con todo el fervor de su alma acciones de gracias, regresó sana a su casa. Esto aconteció en 1587"¹⁰.

Esta naciendo el mestizo. El siglo XVI le ha escindido su cuerpo, su vivir; aquellos ocultamientos al lograr expresarse de forma más permanente ante su deidad amada, también con ella el devoto ha ido transformado su rostro; el nativo se ha fragmentado y se ha enrumbado por el largo trayecto de su identidad mestiza.

Las lágrimas de fervor de nuevo se presentan, pero ahora, ante su deidad mestiza, pues cuando le llevaban en enero de 1588 a Tunja para que aplacara la peste de viruela, antes de su salida del santuario se presentó "el cacique don Alonso de Chiquinquirá que estaba llorando porque traían la dicha imagen a él y sus indios y allí lo consolaron diciéndole que brevemente la volverían, y el dicho cacique se vino con la demás gente hasta el pueblo de Suta de donde se volvió..."¹¹. La intensidad de esta devoción no tenía recatos, despertaba afectos rituales muy especiales como los que se dieron por el camino a Tunja"... y viniendo a esta dicha ciudad por el camino

10. VERGARA Tomás María, O.P. "La Reina de Colombia", Chiquinquirá, pp. 91-91. 1973.

11. ARIZA Fr. Alberto, op. cit. pp. 40.

encontraban en los campos muchos indios e indias cargados con leña y otras cosas, y así como los dichos indios divisaban la dicha imagen dejaban sus cargas en el camino y en el suelo y iban y se hincaban de rodillas y ponían las manos mostrando mucha devoción con lágrimas: y llegados al pueblo de Tinjacá salieron los indios del dicho pueblo en procesión juntamente con el sacerdote y allí se recibió con muchas lágrimas y de allí se partieron para el pueblo de Suta, de donde salieron a recibir la dicha imagen en procesión, y este testigo vido cómo los indios del dicho pueblo se bajaban a coger las gotas de la cera que caía de las hachas que iban delante de la dicha imagen encendidas, y decían que aquella cera era reliquia y así la guardaban y comían y la recibieron con muchas lágrimas y llanto mostrando mucha devoción, y quedó allí aquella noche y los indios y españoles y clérigos estuvieron velando aquella noche la dicha imagen. Y otro día siguiente partieron del dicho pueblo de Suta en prosecución de su camino, y pasaron por el pueblo de Sáchica y salieron en procesión los dichos indios del pueblo de Sáchica, y el dicho clérigo del dicho pueblo revestido y recibieron la dicha imagen con su procesión y hubo mucho llanto y lágrimas de los dichos indios mostrando tener mucha devoción a la dicha imagen y así muchos dellos sacaban bocados de las hachas que iban encendiendo delante de la dicha imagen, diciendo que la querían para realiquias y para ponerse en la garganta..."¹².

Los devotos van en aumento y las grandes romerías empiezan a tener lugar; son multitudes que de diversos caminos que se encuentran en dirección a Chiquinquirá. La fama ha trascendido el ámbito Muisca llegando al territorio Guane y extendiéndose hacia el norte por el espacio que denominamos técnicamente Macrochibcha, esto es a partir del altiplano Muisca (hoy llamado cundiboyacense) hacia el norte por la vertiente occidental de la cordillera oriental. Ciertamente el culto se extendió más allá del área de influencia mencionada, que comprende los actuales departamentos de Cundinamarca, Boyacá y los dos Santanderes. Así con mucho menor intensidad llegaban a Chiquinquirá de otras regiones andinas, pero el culto había llegado allende la Nueva Granada; hasta Venezuela, Ecuador, y Perú donde encontramos diversos sitios y aún santuarios de la virgen de Chiquinquirá. Pero este aspecto merece un tratamiento más extenso que aquí no podemos darle.

Volviendo al culto, la expresión de lágrimas no significa dolor con respecto al culto; todo lo contrario a Chiquinquirá se llegaba cantando, con los mejores vestidos, alegres, porque cada quien traía un milagro enredado entre un torbellino y rasgando tiples, este contento recordaba los rituales en torno a la vieja laguna, donde sus mejores fiestas eran los actos más sagrados,

12. ARIZA Fr. Alberto op. cit. pp. 47.

era otra forma de sentir su sacralidad; Y este sentir era el que ahora se expresaba en Chiquinquirá, ante su Virgen amada. El solo pensar en la Virgen los ponía contentos; en Chiquinquirá las penas se olvidaban, no importaban las dificultades, la Virgen les daba fuerzas para llegar después de realizar jornadas de una semana, quince días y había quienes arribaban al santuario y al volver a sus casas habían completado un mes en solo viaje. Chiquinquirá lo compensaba todo:

“La pena que a mí me mata
es negra como la peça,
pero me la ha de quitar,
la virgen chiquinquireña.

De la Virgen se acordaban en todo momento, para cualquier cosa “la Santísima Virgen” y ella nunca los abandonaba:

“Permita Dios y la Virgen
que se acabe este verano:
ya se secó la labranza
en las lomas y en el llano”

Y los milagros surgían en cualquier momento, estaban presentes en la vida cotidiana. Pero mejor acerquémonos a don Tomás, ya enfermo, artrítico y casi ciego con más de 80 años, en su vieja casa de baharaque, con sus pies descalzos, su ruana raída y zurcida una vez más, sus manos callosas de arrendar, jornalear, cargar y caminar. Cansado de traer miel de Borbur a Chiquinquirá, y de recorrer este y otros caminos, quien nos habla de sus milagros:

“Yo lo menos... yo por los milagros que siempre me tiene levantado un poquito. Yo vivo agradecido con la Santísima Madre... porque ella siempre me ha jagorecido... Una vez yo estaba en un eucalito prendío y se me desgarró el palo donde estaba yo parado. ¡y un palón! Y el momento que yo me desgarré del palo y miiba a caer llegué a... Ah Virgen Santísima, Santísima del Rosario! y ahí mismo me engarruñé de las cáscaras donde estaba y me jagoreció. Me jagoreció del golpón que iba a tener yo... Hasta que pusieron una escalera largorrotota para bajarme... Yo vivo siempre agradecido... a todo momento la Santísima Madre, ella me ha hecho muchos milagros, muchos milagros”.

El milagro escuchando una y otra vez el campesino, al devoto narrarlo, parece tejido con trozos de intimidad, que cada quien le entrega en sus silencios, solo elocuentes ante su Virgen amada; además el milagro aquí no tiene el carácter de extraordinario o insólito, sino más bien es solo la posibilidad de sobrevivir, lo que hace de su diario acaecer un milagro.

Pero se preparaban con uno o dos años de anticipación porque el viaje era en grande y lo hacían muchos, y claro está sin olvidar sus tiples porque:

“La verdadera guabina
se canta en Chiquinquirá
a María Santísima
a María Santísima”

Todo ello... se fue quemando, en la nostalgia; siglos de caminar se fueron internando por las vías interdepartamentales que aún en medio de caminos seguían trayendo peregrinos entre caminos o buses escaleras, sin dejar aún sus tiples o en busca de ellos porque en Chiquinquirá “los había muy buenos”. Y al llegar al santuario busque posada “y en después, a pagar promesas”. Entrar de rodillas ante su Virgen amada, su compañía de marras:

“Hora sí tamos contentos
la Virgen juimos a ver
rebullen pues la chichita
tréigan harto qué comer”

Salían de Chiquinquirá, con su ‘ajandoque’, su tiple y... por supuesto su cuadrito de la virgen y las reliquias que de encargo llevaban para el pueblo o la vereda.

Todos esos cuadros que aún hoy lo vemos; algunos añejos, pendiendo de la paredes de Bahareque haciéndole compañía a San Martín de Porres, la Virgen del Carmen, José Gregorio Hernández, (popularmente llamado San Gregorio) el Sagrado Corazón y una Mano Poderosa cerca del almanaque Bristol. Que todavía hoy a pesar del proceso de urbanización, de la velocidad del tiempo, que ha dejado atrás esa guabina y ese torbellino, no lo ha hecho con su Virgen amada, a quien encontramos haciendo parte de los altares populares, tanto urbanos como rurales que nuestra mirada topa en sus paredes.

Ciertamente la Virgen de Chiquinquirá se hunde en las intimidades de nuestra mentalidad, pues a pesar de las múltiples transformaciones y fragmentaciones, se escucha el rumor de aquel campesino de comienzos del siglo XIX, que ante la petición del cura de su pueblo para que no fuese a Chiquinquirá a romerías, por ser tan lejos y haber colocado un cuadro de la Virgen en la iglesia de su parroquia, aquel le respondía: “Es cierto mi amo cura; más siempre iremos de cuando en cuando a Chiquinquirá, porque estamos acostumbrados desde tiempo de nuestros padres a ir bien lejos a nuestras devociones...”¹³. O de las difusiones que se sembraron en el alma paisa

13. ANCIZAR, Manuel, Peregrinación de Alpha, Bogotá, Empresa Nacional de Publicaciones, pp. 35, 1956.

con su Chinca (la Virgen de La Estrella); o de una versión tan mulata y macedoniana, como la Virgen de Chiquinquirá en Chiriguaná, Cesar, departamento que también tiene otra Virgen amada en Río de Oro; o la Urumita en la Guajira que la tiene como su patrona; el recuento no tendría fin. Ella! se hunde en nuestra historia, en el acaecer microcontextual en que habita la intimidad de nuestro pueblo.

Tras siglos de dolor, de apabullantes fragmentaciones, inmersos en los silencios que deambulan por las urbes, escondidos en sus miradas desconfiadas, como conviviendo con el conflicto, parece que encontraremos las trazas profundas que nos dejan entrever y le dan sentido a la Religión Popular, que desenvuelve su vida y su complejo mundo sagrado que se reproduce y expresa en aquellas paredes rústicas, que tras sus santos parecen abrir las ventanas de su vida, que lleva guardada y alberga cada Santo o Virgen; como quien viaja diariamente por en medio de un sendero que lo sagrado jamás separa de lo profano y ocurrencial.

Tal vez, si al comienzo ahondamos en nuestro extrañamiento cultural, comprendamos que aún cuando no sabemos cuantas veces hemos internalizado al intruso, aquel invasor, llámese conquistador o cualquier nombre que tenga, lo que sí es claro, es como se alberga en la intimidad todo el ámbito de la Religión Popular, que nos ofrece rastros y nos permiten comprender el acaecer de un rostro violentado, de lo que actualmente somos: seres cuya identidad, vive en conflicto.

Bogotá, agosto 29 de 1986